



Guía de lectura



Penguin **Club de lectura**

SINOPSIS

Desde la edad adulta, Claudia recuerda una parte de su vida que la transformó para siempre: esa época en la que se despojaba de la inocencia de la niñez para adentrarse en la edad adulta. En el relato, ella es una niña de ocho años que disfruta de una plácida vida en la ciudad colombiana de Cali. Su madre cuida con primor las plantas del apartamento donde viven, mientras que su padre se encarga del supermercado que regenta. Pero Claudia está ya en esa edad en la que empieza abandonar su mundo interior para interesarse por el exterior, lo que le incita a prestar atención a cuanto sucede a su alrededor. Sin embargo, todavía es demasiado pequeña para entender los entresijos del mundo adulto y sólo podrá interpretar la realidad a partir de los retazos que consigue descifrar.

«Mi mano estaba sucia de helado. Los dedos negros y pegajosos. Me busqué en la pared de espejo. Tenía la camiseta chorreada, la cara mugrosa, los moños torcidos y el pelo enredado. Un espantapájaros. Chiquita, flaquita, morenita, según mi mamá decía que fue

ella de niña, pero igualita a mi papá. Una niña fea.»

Así, Claudia irá descubriendo quiénes fueron sus abuelos y quiénes son las personas que frecuentan su apartamento. Y no tardará en intuir que la vida de las mujeres no es igual que la de los hombres, pues tanto su madre como sus abuelas, su tía y algunas amigas de la familia parecen sobrellevar una amargura de la que no consiguen desprenderse. Por su parte, los hombres viven sumidos en una especie de silencio que los hace inexpugnables.

«Todos mis muertos, pensé. Si los de mi papá estaban en sus silencios y los de mi mamá eran las plantas de la selva, los míos eran las hojas a punto de caerse. Mi abuela niña, mi abuelo amargado, la tía Mona, mi abuelo oso, mi abuela lombriz y cobra, las mujeres de las revistas, Gloria Inés, Paulina...»

Pero el mundo de Claudia —y el de su muñeca Paulina— se hundirá el día en que su madre inicie una relación secreta con el marido de la tía Amelia, Gonzalo, un hombre mucho más joven

que ella que trabaja como dependiente en los almacenes Zas. Cuando ese amor adúltero salga a la luz, el universo de la pequeña saltará por los aires y el dolor impregnará toda la vida familiar.

«La puerta de mi cuarto estaba entreabierta. En el corredor había un poco de luz. Me paré y caminé despacio. Los gritos no paraban. Salí al corredor. La puerta de ellos estaba abierta de par en par y vi a mi papá. Flaco y encorvado, con la camisa arrugada, la calva brillando bajo la lámpara y los pocos pelos blancos en desorden. Los gritos salían de su boca, deforme por la rabia, igual que dardos. Agarró a mi mamá, que estaba en pijama y despeinada, por el brazo, la sacudió y la tumbó en la cama. Di un paso. Ellos me percibieron y se volvieron hacia mí. Mi mamá tirada en la cama y mi papá con los ojos como piedras. Caminó hacia la puerta y la cerró de un manotazo. Los gritos se acabaron. Ahora no se escuchaba nada. Solo el silencio. Solo el abismo de ese silencio.»

A partir de este momento, nada volverá a ser lo mismo. La madre de Claudia caerá en una profunda depresión que se materializará con una permanente estancia en la cama, con un principio de alcoholismo y con una obsesión enfermiza por aquellas famosas (Grace de Mónaco, Natalie Wood, Karen Carpenter) que tal vez murieron no de un modo accidental, sino por voluntad propia.

«Unas semanas más tarde, cuando la vida estaba casi como antes de las peleas y de Gonzalo, la puerta del apartamento se abrió en el momento en que Lucila metía la llave en la cerradura. Era mi mamá, peinada, maquillada y vestida a

todo color, con un pantalón festivo de franjas, una blusa blanca sin mangas y los tacones rojos. Verla así, en medio de la selva, me impresionó más que cuando la encontré llorando al final de la escalera.»

Pero el precipitado salto a la comprensión de los entresijos de la edad adulta llegará cuando una amiga de su madre se suicide arrojándose desde la decimoctava planta del edificio donde vive y cuando, además, los padres de Claudia decidan pasar unos días en una finca veraniega donde una mujer desapareció tras adentrarse en el bosque. Estos dos hechos obsesionarán tanto a Claudia que será ella misma la que empiece a barajar la posibilidad de terminar voluntariamente con su vida. Y, para experimentar esta idea, lo primero que hará será tirar a su muñeca Paulina por un barranco.

«Llegamos a un tramo de bosque donde el mundo se oscurecía. Había árboles cargados de musgo, plantas de hojas grandes, troncos caídos pudriéndose en el suelo y un poste de luz tomado por una pelusa naranja como el óxido. Seguía una curva y al final de la curva, un precipicio. Nos acercamos. Despacio, inseguras. Unos árboles flacos se agarraban a la pared rocosa de la montaña y enseguida el terreno se desbarrancaba como si lo hubieran tajado con un hacha.

Me sentí chiquitica, la bebé que miraba la escalera de nuestro apartamento detrás de la reja de seguridad, pero sin la reja. Yo, sin nada más que mi cuerpo, ante un despeñadero de verdad. En ese punto el cañón era estrecho y, abajo, el río, que recogía las quebradas y riachuelos de la montaña, estaba tapado por la vegetación, una selva sin domesticar.»

LA VIDA INTERIOR DE CLAUDIA

Los abismos es una novela que muestra una de las realidades menos verbalizadas por la sociedad: la de las obsesiones, a veces peligrosas, que generan nuestros hijos. La narradora de esta historia es Claudia, quien, desde su ingenuidad y la mirada limpia de los ocho años, nos cuenta cuanto sucede –o cuanto ella interpreta que sucede– a su alrededor. Por un lado, están los acontecimientos cotidianos, pero por otro están aquellos sucesos inesperados que nadie quiere explicarle y que ella descifra a su manera. En el primer grupo, por ejemplo, encontramos el día de su primera comunión:

«Los preparativos me tuvieron muy ocupada. La catequesis con la directora de primaria. Aprenderme el nuevo y larguísimo credo, las oraciones, las respuestas de la misa, las canciones. Ir, con mi papá, porque mi mamá seguía mal de la rinitis, a las pruebas del vestido. No olvidar pedirle que fuéramos a misa los domingos. Portarme bien en todas las ocasiones.

La confesión fue dos días antes en la capilla del colegio. El pasillo era largo. Al fondo, entre pesadas cortinas rojas, colgaba el Cristo. Flaco, herido, con clavos, la corona de espinas y la cabeza humillada. Una visión aterradora. En el suelo estaba la tumba de la fundadora del colegio. Daba miedo allí dentro. El silencio encima de todo.

Me arrodillé en el confesionario. Le conté al padre, una sombra detrás de la malla, mis pecados. Que antes no iba casi nunca a misa. Que ahora no lo lograba todos los domingos. Que había visto mujeres desnudas en una revista *Playboy*. Que tenía malos pensamientos.»

Pero en el segundo grupo, el de los acontecimientos cuya naturaleza nadie le quiere detallar, están la tendencia a la depresión y el alcoholismo de su madre, las normas sociales determinadas por el patriarcado y las infidelidades matrimoniales.

Con todo, estos descubrimientos no quebrarán el mundo de Claudia con la misma intensidad que la certeza de que el amor de los padres no es inquebrantable y de que la felicidad es un estado que puede desaparecer con una rapidez pasmosa.

«La tempestad era en el cuarto de mis papás. Era la voz de mi papá. Una voz que le salía de adentro, no de su garganta sino de la barriga, como cuando antes de temblar la tierra ruge. La voz de mi mamá, una hebra delgadita, se percibía en los pequeños espacios que él dejaba. No se entendía lo que decían. Únicamente los gritos y la vibración. Únicamente la furia. Ella alzó la voz y, por una vez, la escuché con claridad.

—¡Pues nos separamos!

Y él:

—¡Te voy a dejar en la calle, como a él!»

LOS OTROS PERSONAJES PRINCIPALES

LA MADRE: La madre de Claudia, que también se llama Claudia, es un ama de casa cuyo padre le impidió estudiar Derecho por considerar que su destino como mujer era casarse y formar una familia. Esto le hizo vivir el matrimonio y la maternidad, si bien no como un sufrimiento, sí como una única opción de felicidad que no era la pretendida en su juventud. Su principal entretenimiento es el cuidado de las plantas del hogar y la lectura de revistas como *¡Hola!*, *Vanidades* y *Cosmopolitan*. Durante el transcurso de la novela, Claudia tendrá un amante y recordará con cierta añoranza sus amores de juventud. También sufrirá varias depresiones y se iniciará en el alcoholismo.

«Mi mamá hacía sus trabajos de ama de casa por las mañanas, cuando yo estaba en el colegio. Las compras, las diligencias, los pagos. Al mediodía recogía a mi papá en el supermercado y almorzaban juntos en la casa. Por la tarde él se llevaba el carro al trabajo y ella se quedaba en la casa a esperarme.»

«Al regresar del colegio la encontraba en la cama con una revista. Le gustaban las *¡Hola!*, las *Vanidades* y las *Cosmopolitan*. En ellas leía sobre la vida de las mujeres famosas. Los artículos traían grandes fotos a color con las casas, los yates y las fiestas. Yo almorzaba y ella pasaba las páginas. Yo hacía las tareas y ella pasaba las páginas. A las cuatro empezaba la programación en el único canal de TV y, mientras yo veía *Plaza Sésamo*, ella pasaba las páginas.»

EL PADRE: El padre de la protagonista, Jorge, es «un hombre calvo y pequeño con el cuerpo en forma de garfio» que vive para trabajar. Regenta un supermercado en el centro de Cali, aunque proviene de una familia dedicada a la industria cafetera. Tiene una hermana, Amelia, con quien guarda una buena relación, sobre todo a raíz de la muerte de su madre. Es veintiún años mayor que su esposa, pero no tolera que las mujeres se casen con hombres más jóvenes. En el transcurso de la novela, tendrá que decidir si perdona la infidelidad de su mujer.

«Mi papá era el administrador del supermercado. Nunca tomaba vacaciones. Descansaba cuando el supermercado cerraba, los domingos y los festivos. Llegaba de primero por las mañanas, salía de último y a veces le tocaba recibir pedidos atrasados en medio de la noche. Los sábados, después de cerrar, iba al hospital San Juan de Dios a donar un mercado para los enfermos.»

LA TÍA: Amelia es la hermana del padre de Claudia. Es una mujer soltera que, repentinamente, contrae matrimonio con Gonzalo, un hombre unos once años más joven que trabaja como dependiente en los almacenes Zas. Jorge desconfía de él desde un principio, ya que considera que se trata de un vividor que solo busca el dinero de su hermana. Pero el problema será que Gonzalo iniciará una relación adúltera con la esposa de su cuñado: Claudia.

«Mi tía Amelia se enteraba de los asuntos del supermercado, pero no iba a trabajar. Se la pasaba en su apartamento, en batola, fumando y, por las tardes, con una copa de vino. Tenía batolas de todos los estilos y colores. Mexicanas, guajiras, indias, con teñidos hippies y bordados de Cartago.»

LOS MIEDOS DE LA INFANCIA

Nadie explica a Claudia lo que se oculta tras las emociones que empieza a detectar en los adultos y, en consecuencia, nadie le explica tampoco lo que ella misma, como niña de ocho años que ya es, comienza a sentir en su interior: miedo. Pero no se trata de un miedo a los monstruos ni a la oscuridad ni a ninguna de esas situaciones que suelen angustiar a los niños, sino de algo mucho peor: un miedo a los propios pensamientos.

Claudia no encuentra a nadie que le ayude a interpretar cuanto ocurre en su propio hogar, por lo que es ella misma la que extrae conclusiones. Y, como es lógico, muchas son equivocadas. Por ejemplo, no entiende que su madre se pase el día en la cama, ni que su padre viva sumido en un silencio que parece cargado de rabia, ni tampoco que la gente diga que los accidentes de tráfico o las caídas desde los balcones a veces no son tales.

«Con Natalie Wood, en los tiempos de antes, mi mamá tuvo una obsesión. Era una actriz famosa que encontraron muerta, flotando bocabajo, en el mar. En pijama, me contó mi mamá, con medias de lana, una chaqueta roja y el pelo abierto sobre el agua como una medusa. Durante semanas no habló de otra cosa.

El marido de Natalie Wood era Robert Wagner, un actor también famoso. La pareja estaba en su yate con Christopher Walken, otro actor famoso, con quien ella filmaba una película. Los tres bebieron, cenaron y bebieron más. Era noche cerrada y el mar estaba bravo. Ella se despidió para irse a dormir y dejó a los hombres en la sala de estar. El marido dijo que, al rato, cuando fue a acostarse, no la encontró en el camarote, que al buscarla por el yate se dio cuenta de que el bote inflable tampoco estaba, que pensó que habría salido a dar un paseo y se

puso a esperarla, que pasado un tiempo se preocupó y llamó por el radio a las autoridades.

Las autoridades la encontraron al día siguiente, según describió mi mamá, y concluyeron que la muerte fue accidental.

—Accidental mi culo —dijo mi mamá.»

De igual modo, Claudia no entenderá la atracción por el abismo que ella misma empezará a experimentar cuando la lleven de vacaciones a una finca rodeada de un bosque tenebroso, de un barranco que se hunde en la niebla y de una leyenda según la cual existe un tipo de demonio que vive en los muros de las casas y que, por las noches, araña las

paredes en su desesperado intento por salir al exterior. Todos estos lugares y todas esas historias restallarán en la mente de una niña que no sabrá qué pensar y que tampoco encontrará a nadie, absolutamente a nadie, que le ayude a iluminar la oscuridad que está naciendo en su interior.

«El viruñas, me dijo, era un diablo que vivía en las fincas, dentro de las casas, pero no de este lado, sino detrás de las paredes. Dormía de día y se despertaba de noche. Los ruidos extraños que uno no sabía de dónde venían, que sonaban como pisadas de pájaros en el cielloraso, chirridos de la madera o aire en las tuberías, los hacía él al rascar las tripas de la casa.»

LA OPRESIÓN DE LAS MUJERES

Todas las mujeres que aparecen en *Los abismos* llevan una vida que no acaba de satisfacerlas. Todas, menos Claudia, que todavía es demasiado pequeña para comprender que el mundo es un lugar construido por los hombres. Aun así, incluso ella empieza a intuirlo. Y es que sólo tiene que mirar a su alrededor o repasar la historia familiar para descubrir que no hay ni una sola mujer en su árbol genealógico que no tuviera que renunciar a sus sueños porque, como decía su propio abuelo materno, «lo que hacían las señoritas decentes era casarse». Y es que en esta novela los hombres son tan severos y silenciosos que, en el fondo, también parecen cargar con una bolsa llena de amargura.

«—¿Por qué es mejor que mi abuelo no me hubiera conocido?

Miró hacia todos los lados, asegurándose de que no hubiera nadie.

—Él era un hombre difícil.

—¿Difícil cómo?

—De silencios largos, igual que su papá, y si hablaba era para regañarlo a uno.

En el retrato de su boda, mi abuelo no sonreía.»

De hecho, Claudia sólo tiene que mirar a su progenitora para ver la frustración personalizada. Cuando tenía dieciséis años, se enamoró perdidamente de un hombre algo mayor que quería llevarla a recorrer el mundo en un velero, pero la oposición frontal de su padre impidió

que esto ocurriera. Años después, cuando terminó los estudios básicos, quiso matricularse para estudiar Derecho, pero el hombre de la casa le dijo que eso no era algo digno de señoritas y que lo que ella tenía que hacer era encontrar un hombre y tener descendencia. Así lo hizo y ahora que su hija tiene ocho años recuerda que su propia madre siempre decía que, si hubiera podido, tampoco la habría tenido a ella. Lógicamente, la abuela de Claudia quiso a su hija igual que su madre la quiera a ella ahora, pero eso no quita que, en su fuero interno, quisiera una vida más emocionante.

«Una vez mi mamá me contó que poco antes de terminar el bachillerato esperó a que mi abuelo llegara del trabajo para decirle que quería estudiar en la universidad. Estaban en el cuarto de mis abuelos. Él se quitó la guayabera, la dejó caer al piso y quedó en camisilla. Grande, peludo, con la barriga redonda y templada. Un oso. Entonces la miró con unos ojos raros que ella no le conocía.

—Derecho —todavía se atrevió a decir mi mamá.

A mi abuelo se le brotaron las venas de la garganta y con su voz más gruesa le dijo que lo que hacían las señoritas decentes era casarse y que cuál universidad ni Derecho ni qué ocho cuartos. La voz terrible retumbando como por un megáfono, casi la oí, mientras mi mamá, chiquitica, retrocedía.»

LAS LOCALIZACIONES

Los abismos transcurre en la ciudad colombiana de Cali. Los padres de Claudia viven en un apartamento-dúplex en el centro urbano y la vida de la niña se ciñe a dicho piso, a su escuela y al supermercado que regenta su familia. Aun así, Pilar Quintana no pierde la oportunidad de describir la ciudad en la que ella misma nació.

«Admirábamos los edificios antiguos y las casonas con muros de piedra. Íbamos a la estatua de Sebastián de Belalcázar, en la cima de una calle empinada. Llegábamos rojos y sudados, con la esperanza de que hubiera un carrito de raspados o paletas de agua. Nos sentábamos en el muro y mirábamos la ciudad, ancha aunque bajita, los árboles, las nubes.

O recorríamos la avenida del río, donde siempre hacía menos calor gracias a los árboles, tan gordos que no los podíamos abarcar con los brazos. Mirábamos el río desde los puentes, ocre y espeso en las épocas de lluvia, liviano y gris azul el resto del tiempo. En un llano, frente a la desembocadura del río Aguacatal, había un árbol con el tronco tendido que me gustaba escalar.

A veces entrábamos al zoológico. Otras, seguíamos de largo hacia el restaurante Cali Viejo y más allá, donde se acababan las casas y el pavimento y a orillas del camino crecía una vegetación crujiente y desteñida, con árboles flacos de ramas torcidas.»

Pero, en la segunda parte de la novela, los protagonistas viajan a La Bocana, a orillas del Pacífico, para pasar unas vacaciones con la tía Amelia y su marido Gonzalo. Se trata de una zona costera en la que podrán disfrutar de la playa, pero en la que se destapará todo el asunto de la infidelidad.

«En La Bocana siempre estaba a punto de llover y todo era gris. El cielo, el mar, la arena y las cabañas de madera, paradas sobre zancos igual que los artistas callejeros. La que alquilamos tenía dos plantas y quedaba en una colina a la que llamaban El Morro.

Por las mañanas íbamos a la playa. Mi mamá y mi tía se soleaban mientras leían las revistas de mi mamá. Yo jugaba en la orilla con mi papá o con los niños nativos y turistas. Gonzalo nadaba, trotaba, hacía ejercicios de calistenia y se paseaba a lo largo de la playa con los músculos brotados. Tenía una tanga diminuta, con la pirinola visible bajo la tela, y el pelo crespo y poquito por la falta de blower.»

Hacia el final de la novela, la familia se instala en una finca sita en una zona selvática donde Claudia tiene por primera vez contacto con una naturaleza salvaje que le asusta. En esa finca vive un mayordomo que contará historias de miedo a la niña. Por otra parte, la madre de Claudia tiene un vínculo muy estrecho con la familia de origen irlandés que posee dicha finca.

«Observaba a las hormigas que andaban por el tronco y a los pájaros que se posaban en las ramas. Buscaba nidos. Perseguía a los saltamontes y las mariposas. Cazaba las ranas que vivían en las plantas, debajo de las hojas, las tenía un ratito y las dejaba en libertad.

Caminaba por el riachuelo con mis botas de caucho, corriente arriba y corriente abajo, tratando sin éxito de que las botas no se me llenaran de agua. No quería tener que ponerme mis Adidas peludos de rayas amarillas, pues no me gustaba ensuciarlos. Arrancaba los líquenes blancos de las rocas para ver los bichos minúsculos que vivían debajo. Me mojaba el pelo y la cara y bebía de mis manos en forma de cuenco.»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. Claudia es una niña de ocho años que está descubriendo el mundo que le rodea. ¿Tenéis hijos de esa edad? ¿Qué es lo que más os sorprende de su forma de ver el mundo?
2. Pilar Quintana muestra el modo en que los hombres han coaccionado tradicionalmente a las mujeres para que no aspiren a nada que no sea tener una familia. ¿Qué os han parecido las mentalidades de los abuelos paternos y maternos de Claudia?
3. La infidelidad es otro de los grandes temas de *Los abismos*. ¿Creéis que la madre de Claudia es infeliz en su matrimonio?
4. La tía Amelia no tiene demasiada suerte en el amor. ¿Qué es lo que más os ha interesado de este personaje?
5. Jorge vive para el trabajo. Además, es un hombre con tendencia al silencio. ¿Hasta qué punto creéis que es responsable del sufrimiento de su esposa?
6. El tema central de la novela son los miedos de la infancia: el miedo a crecer, a comprender y descifrar el mundo de los adultos. ¿Creéis que la novela lo refleja bien?
7. La muñeca Paulina es un personaje esencial de la novela. ¿Pensáis que Claudia se aferra a ella como forma de aferrarse a la infancia? ¿Es su manera de afrontar la soledad? ¿Qué pensáis del final de la muñeca? ¿Pensáis que es un punto de inflexión en la historia?

8. La depresión es otro de los grandes temas de la novela. La parte materna de la familia de Claudia parece proclive a padecerlo. ¿Qué opináis de cómo afronta la familia el problema? ¿Y Claudia niña?
9. Pilar Quintana no se conforma con hablar de un tema tan tabú como pueda ser el del suicidio, sino que además lo aborda desde una perspectiva infantil. ¿Por qué creéis que la sociedad evita abordar directamente el tema del suicidio?
10. ¿Qué otras novelas habéis leído en las que se hable del suicidio?
11. *Los abismos* transcurre principalmente en la ciudad colombiana de Cali, pero también en otros territorios de naturaleza más playera o montañosa. ¿Habéis detectado el vínculo que la autora establece entre el paisaje y los sentimientos de los protagonistas?
12. Pilar Quintana tuvo un enorme éxito con su novela anterior: *La perra*. ¿Conocáis este libro? ¿Alguien lo ha leído?
13. ¿Qué otros autores colombianos conocéis?
14. *Los abismos* está narrada desde la perspectiva de una niña de ocho años. ¿Creéis que la autora ha reproducido con precisión la mentalidad de alguien de esa edad?
15. ¿Qué os ha parecido la estructura de la novela?
16. ¿Qué os ha parecido el estilo con la que la autora ha escrito el libro?
17. ¿Cambiaríais algo del argumento?

EXTRACTOS

PELEA DE LOS PADRES:

«Antes de la pelea de mis papás, de la pelea de mi mamá y mi tía, de que llegara Gonzalo a la familia, yo tenía certezas. Las mamás tenían hijos porque los deseaban. Mi tía Amelia vivía feliz en su miniapartamento con sus batolas. Mi abuelo era un hombre triste. Mi papá, el más bueno del mundo.

Ahora, después de las peleas y de Gonzalo, bajo las capas de mis certezas quemadas, en un centro antes vacío como el de una cebolla, latía el miedo de que mi papá hubiera hecho algo malo. Algo peor que hacerle firmar un documento a Gonzalo para dejarlo en la calle. Algo sobre lo que prefería no imaginar nada y que era mejor borrar de mi cabeza.»

Lo miraba y veía al mismo de antes. Un hombre con cara de bobo que parecía incapaz de hacer daño. Pero adentro de él, junto al huérfano, en el mar de silencio, ya lo sabía, vivía un monstruo.»

DEPRESIÓN Y ALCOHOLISMO:

«Mi mamá volvió a lo mismo que en Cali. Todo el día en la cama, con una revista o sin ella, mirando el techo o las paredes.

Por la noche me preparaba la comida y se servía un whisky. Yo intentaba esperar despierta a mi papá, pues no me sentía tranquila sino cuando oía bajar el carro por el empedrado, pero ella era estricta, a las ocho en punto me enviaba a la cama, y casi siempre el sueño me vencía antes de que él llegara.»

LA AUTORA

© Manuela Uribe



PILAR QUINTANA (Cali, Colombia, 1972) ha publicado cuatro novelas: *Cosquillas en la lengua* (2003), *Coleccionistas de polvos raros* (2007), *Conspiración iguana* (2009), *La perra* (2017) y *Los abismos* (Premio Alfaguara de novela 2021), y la colección de cuentos *Caperucita se come al lobo* (2012 y 2020). En 2007 fue seleccionada por el Hay Festival entre los 39 escritores menores de 39 años más destacados de Latinoamérica. En 2010 recibió el VIII Premio de Novela La Mar de Letras por *Coleccionistas de polvos raros*. En 2011 participó en el International Writing

Program de la Universidad de Iowa como escritora residente y en 2012 en el International Writers Workshop de la Universidad Bautista de Hong Kong como escritora visitante. Sus cuentos han sido traducidos a varios idiomas y han aparecido en revistas y antologías de América Latina, España, Italia, Alemania, Estados Unidos y China. Su novela *La perra*, que está traduciéndose en catorce países y de la que se han vendido los derechos audiovisuales, recibió el Premio de Narrativa Colombiana en 2018 y fue finalista de los National Book Award en 2020.

LA CRÍTICA HA DICHO

«¿A qué abismos se asoma una niña todavía atónita ante los misterios de la familia y del mundo? Su piso es una selva, su hogar un supermercado, su país unas montañas cubiertas de niebla que oculta precipicios. Así el lector se abisma en los abismos de Pilar Quintana.»

Héctor Abad Faciolince

«Una voz que tiene muchísima fuerza, que nos lleva al mundo de una niña que se enfrenta a la realidad de los adultos desde una infancia visionaria, que es tan importante y que está dentro de todos nosotros y que hace que esta novela emocione muchísimo. Pilar Quintana ha dado un triple salto mortal en *Los abismos*.»

Ana Merino

«La literatura debe tender a hablar de lo universal, de lo humano. *Los abismos* hablan de cuestiones que pueden interpelar a cualquier lector en cualquier parte del mundo. En sus diálogos puede escucharse lo no dicho.»

Xavier Vidal (Librería Nollegiu)

«Con una voz poderosa e inquietante, Pilar Quintana explora los miedos de la infancia junto a las fragilidades y violencias de los adultos. Entre la lucidez, la inocencia, el suspense y los laberintos del deseo, traza un mapa inolvidable del desgarrador camino hacia la libertad.»

Irene Vallejo

ENLACES DE INTERÉS

Fallo del Premio Alfaguara de novela 2021:

<https://www.youtube.com/watch?v=eOLnBGJuEPQ&t=5s>

Los abismos. Encuentro con Pilar Quintana y Mariana Enríquez.

Fundación Telefónica, marzo 2021:

<https://www.youtube.com/watch?v=aAllyFzsdpg>

